

CAPITULO LXV.

DECADENCIA DEL EMPERADOR, ENGRANDECIMIENTO

DE PARIS.

¡Qué diferencia en esta época, de aquella época en que activo, inquieto, soñando con grandes proyectos, poniendo mano en la política interior de los diversos países, creía al Imperio destinado al fin civilizador de unir las razas, de aglomerar las nacionalidades, de cambiar por completo el mundo, con la norma suprema de infundir el espíritu revolucionario en el seno de las antiguas instituciones, sin que pierdan ni su naturaleza, ni su forma, aunque asentándolas sobre el dogma de la soberanía popular y derivándolas del sufragio universal.

Recuerdo que en esta época de la juventud del Imperio y del Emperador, un gran número de escritores que podría citar si no temiese distraer inútilmente la atención de mis lectores, profetizaban al bonapartismo una especie de misteriosa misión evangélica; un mesianismo de nuevo género, á cuyo término estaba no sé qué unidad de los espíritus, no sé qué concentración de las razas; una de esas infinitas utopías sociales, cuyos falsos espejismos han deslumbrado á tantas generacio-

nes. Con el rumor de estas ideas en la mente, el Emperador mandaba sus tropas á Crimea, á Italia y á Méjico. Aunque todas estas expediciones eran contradictorias; aunque en unas se hería al Papa de Oriente y en otras se salvaba al Papa de Occidente; aunque unas mantenían la independencia de los pueblos y otras la negaban; aunque en Puebla se cañoneaba el principio defendido en Solferino, aunque en Cochinchina se hablaba de emancipación y en América se iba á servir la causa de los plantadores, de los mercaderes de carne humana, todas estas expediciones nacían de la idea de disciplinar en un Imperio, en una confederación de Imperios la raza latina, y poner á su frente, sobre alto trono, un archi-Emperador, una especie de reproducción de César y Carlo-Magno.

Pero en 1867 y 68 todas estas ideas se habían extinguido completamente. Los periódicos declaraban que el Emperador estaba en las fiestas de Rouen como abatido, y de mal humor. Es verdad. Y había razón para tal abatimiento. En el segundo período del nuevo

Imperio, se ha repetido el fenómeno del segundo período del primero, aunque en menor escala. El mundo, si no ha entrado en plena democracia, camina rápidamente hacia la democracia. Esta época de verdadera elaboración social, se conoce en el advenimiento del cuarto estado, del pueblo á la vida pública. Y con el advenimiento del cuarto estado coincide la imposibilidad completa de que un sólo hombre, ni el mayor escritor, ni el mayor político, ni el mayor guerrero, se apodere de la voluntad ó de la conciencia de un siglo. Así como hubo reacción contra la conquista material del mundo intentada por Napoleón I, la hubo contra la dirección moral del mundo intentada por Napoleón III. Y la caída del trono de Méjico, y la enemistad de Italia, y la unidad alemana, y el despertamiento del espíritu público en Francia, eran las señales de esta nueva crisis que Napoleón deseaba con grande previsión atravesar, en alas de la libertad. Pero la libertad es de suyo inquieta, ruidosa, agitada; es como el viento, como el oleaje, como la vida, llena de contradicciones, llena de luchas, llena de crisis, que son peligrosas para los poderes permanentes, más peligrosas todavía para los Césares plebeyos, pero saludables, muy saludables para la sociedad.

No hay viaje del Emperador que no vaya acompañado de algún misterio ó seguido de alguna emoción. Así el viaje de Rouen no se ha eximido de esta ley general de los viajes imperiales. Al día siguiente se despertó *Le Pays*, diciendo que habían sido presos por la policía tres sujetos sospechosos de atentar á la vida de Napoleón III. Este periódico representaba la extrema derecha del bonapartismo. Y creía que desde la última fase de la política liberal en que había entrado el Imperio todas las malas pasiones se habían desencadenado como furias del Averno sobre Francia. Y pedía la censura contra los periódicos, la ley de sospechosos contra los ciudadanos, el silencio para que las elecciones fueran meramente una explotación de los ultramontanos, un conci-

liábulo de reaccionarios, que convirtiera en cofradía el sufragio universal, y la tribuna en púlpito. *El Constitutionnel* que representaba el centro derecho y estaba muy en armonía con las últimas reformas, desmentía que hubiera habido atentados, ni pensamiento de atentado, ni sospechosos, ni presos por la policía. Pero lo cierto es que el Imperio temblaba ante su propia sombra.

Bien es verdad que, según ha dicho Thiers, se han cometido muchas faltas. Una de las mayores, tal vez la mayor, ha sido aglomerar en la cabeza de París toda la vida de Francia, aún á riesgo de una apoplejía. Yo sé bien, que este predominio de la ciudad de París, proviene de una causa, de los esfuerzos inmensos que ha hecho Francia para constituir una fuerte y uniforme nacionalidad; y de lo mucho que necesitan las nacionalidades muy fuertes, muy uniformes una grande capital. Cuando el inglés ocupaba las costas del Océano, y el alemán los campos de Alsacia, y el español parte de la vertiente oriental del Pirineo, y el italiano parte de la vertiente Occidental de los Alpes; cuando se encontraba esta poderosa nacionalidad francesa, que había de ser como un sol, disgregada, separada, confusa como un caos; circuida por todas partes de extrañas nacionalidades que la ahogaban, era necesaria una ciudad que fuese como el núcleo, en torno del cual pudiese condensarse la materia cósmica de que se forman las nacionalidades, y convertirse el cometa errante, vaporoso, sin órbita, sin forma definida, en planeta habitable por una poderosísima é ilustre raza. París fué ese centro. Luego vino la revolución. Los peligros de la nacionalidad francesa se redoblaron con la liga de los reyes, y se centuplicaron al par los servicios de París. Así quedó ejerciendo sobre Francia una gran dictadura con aquella convención, cuyos crímenes se van como una sombra, cuyas virtudes quedan, para probar que es siempre la virtud la semilla de la inmortalidad y de la gloria. Y to-

davía en el desnivel intelectual que existe entre París y las provincias, el influjo moral de París se conserva, como un poder de la inteligencia sobre la ignorancia, de la idea sobre el instinto. Pero yo creo que el Imperio, el segundo Imperio fué una reacción del espíritu de los campos contra el espíritu de París. Así el Imperio residía en medio de aquella populosa ciudad, y no pudo jamás conquistarla. Á cada elección París le enviaba diputados anti-dinásticos, diputados, cuya significación es esencialmente republicana. Y, sin embargo, el Imperio ha hecho por París toda suerte de sacrificios, lo ha dotado de calles interminables, de paseos encantadores, de casas colosales, de aguas, de luz, de aire. Y ha aumentado el predominio de París sobre Francia, y el encanto que París tiene para los extranjeros. Pero destruir y levantar una ciudad en quince años, obra es que, acaso no haya visto ninguna otra vez la historia. El martillo demoledor y la escuadra reconstructora se han movido con igual presteza. Casas recién hechas han caído; calles recién levantadas se han borrado de este suelo, como pudiera borrarse el paso de una caravana en el desierto; para comunicar el abigarrado teatro de la Ópera con el teatro francés, la piqueta entra por barrios tan centrales, que podríamos llamarles sin exageración la espina dorsal de París. Y, sin embargo, este gran constructor que ha levantado en quince años una ciudad nueva, grandiosa, babilónica, en el sitio mismo donde se levantaba una ciudad confusa, estrecha, súcia, oscura; este hombre de las grandes construcciones, jamás acertó con una construcción hermosa. Tiene el sentimiento de lo grande, de lo colosal; pero no tiene el sentimiento de lo bello. Dios ha hecho la ballena gigantesca y muda; en cambio ha puesto en el pequeño ruiseñor, en su breve cuerpo, esas largas sartas de notas amorosas que derraman poesía dulce y melancólica en la soledad de los bosques. Cuando se vuelve de Italia, cuando se han visto plazas

como la plaza de la Señoría, palacios como los palacios de Florencia, calles como el Corso de Roma, apenas se puede sufrir el París de Haussman, esta larga fila de cuarteles alineados como compañías, estirados como centinelas, y con adornos de uniforme. Se han abierto diez y seis leguas de calles, se han construido sesenta y cuatro mil metros de edificios, se han gastado ocho mil millones de reales; y no hay ni una sola piedra que sea bella. El Nuevo Louvre es el edificio más grande del mundo, y por fuera parece una casa de vecindad; la nueva Ópera es el más rico, y parece un ramillete de confitería, una caja de bombones. ¿Dónde está la belleza del palacio de los Duxs en Venecia, la elegancia de los patios del Vaticano en Roma, la ligereza, la esbeltez del maravilloso alcázar de Toledo? En ninguna parte. La arquitectura es siempre un arte simbólico. El coloso en Oriente, la columna coronada de acantho en Grecia, el arco triunfal en Roma, las severas líneas bizantinas en los tiempos místicos de la Edad Media, el gótico en el siglo décimotercero, el gótico florido en el siglo décimoquinto, la resurrección de los tres antiguos órdenes, cuando resucitan las tres edades clásicas de la antigüedad, en el siglo décimosexto; un convento severo, como el Escorial, para sombrías familias como la familia de los Austrias, esos monges; un palacio sensual, como Versalles, para familias glotonas, y epicúreas como los Borbones, esos farsantes; cuarteles sobre cuarteles, para simbolizar el París de los Bonapartes, arrancado á la libertad en una noche por cien mil pretorianos que lo convirtieron en su campamento. Y para hacer esto se creó una dictadura municipal, como acaso no se haya visto otra en el mundo. París no podía elegir su ayuntamiento. Los proyectos de Haussman eran más que golpes de piqueta, golpes de estado. Ni un concurso, ni una discusión previa. Dios no creó el mundo con más imperio. Y, sin embargo, en todos sus cálculos se engañaba

este albañil-Papa, este prefecto infalible. Baste decir, que los trabajos para hacer viables la segunda red de calles, se calculaban en cuatrocientos millones de reales, y costaron mil doscientos. En sesenta y cuatro, prometía concluir los trabajos de París con mil cuatrocientos millones de reales, y confesó despues que habia gastado dos mil ochocientos cuarenta. Esto es enorme. Ponerse á calcular y engañarse en mil y tantos millones, eso no ha sucedido nunca, ni á nadie. Por aquel camino la ciudad de París iba derecha á la bancarota. El déficit podia llegar á doscientos millones de reales por año. La continuacion del sistema necesitaba un empréstito de mil millones cada tres años. La contribucion impuesta sobre las materias de construccion á cincuenta y dos millones; pero este recurso habia de concluir el dia que concluyeran las construcciones. Cuatrocientos mil trabajadores de París mantenía el Estado. Y esto lo hacian esos mismos reaccionarios que crearon el Imperio, para salvar á Francia de los escollos del socialismo. Así notaba con dolor, que mientras el consumo de la carne, y de la leña permanecia estacionario, el consumo del vino y las bebidas espirituosas tomaba proporciones inverosímiles. La ciudad de París pagó treinta y seis millones de reales por las carnes

de que se alimentó el año sesenta y tres, y pagó en 1867 unos diez millones; se aumentó poco el consumo. Pero en cambio pagó por consumo de vino el año sesenta y tres, ciento treinta y seis millones de reales, y pagó el año 1868 ciento setenta y dos. Cualquiera diria que esta gran ciudad se embriagaba como Baltasar en festines sin fin, para no ver dibujarse en los caliginosos aires las proféticas cifras que le anunciaban espantosas catástrofes. El terror fué tal, que despertó á los poderes públicos. Y el Cuerpo legislativo se ocupaba de un contrato monstruoso entre el Prefecto de París y el crédito territorial, contrato en que violaron todas las leyes. Mr. Haussman fué en aquellos quince años la paz del Imperio. Su obra ha entrado en el largo decálogo de las razones de Estado. Así es, que todo el mundo oficial tomaba por desacato el empeño de la oposicion parlamentaria en reclamar, como era de su deber, una larga investigacion sobre la dictadura de este doble prefecto de la ciudad y del palacio. «Se piden economías al municipio, gritaba el Prefecto.» ¿Y por qué no comienza dando ejemplo al Cuerpo legislativo? Lo cierto es, que el Imperio veia volverse contra él todas sus obras, convertirse en títulos de cargo y acusacion todas sus glorias.

CAPITULO LXVI.

VENCISTE, GALILEO.

Las ideas de Francia, su posicion geográfica, su poder político influyen de tal manera en el mundo, que cuanto aquí sucede, trasciende á todas las naciones. Aquella desmedida influencia que España tuvo en el siglo décimo-sexto por sus armas, la ha tenido Francia en el siglo décimo-nono por sus ideas. Y sucede un fenómeno bien digno de estudiarse. Piensa, trabaja, elabora doctrinas Francia, y piensa, y trabaja, y las elabora para el extrajero. Ora sea que le falte el sentido político que es eminentemente práctico; ora sea que no comprenda bien las mismas ideas por ella difundidas, como los oráculos antiguos que hablaban sin saber el sentido de sus sentencias, la Francia de nuestro tiempo no conoce, y por consiguiente no practica las ideas fundamentales de su revolucion, las ideas de libertad, que habian elaborado sus filósofos, defendido sus héroes, santificado sus mártires. Y no se diga que al menos conoce la igualdad. Este principio no existe con toda su admirable sencillez en el país de las condecoraciones, de los privilegios para los más altos industriales, y del depósito para los más altos magisterios del espíritu, por ejem-

plo, para la prensa. Desde muy antiguo, en el tiempo mismo de la revolucion, cuando parecia que la individualidad iba á brotar y á desarrollarse con más pujanza, el Estado tomó las proporciones gigantescas, monstruosas que hoy tiene, y acaparó religion, enseñanza, arte, las más augustas facultades de la inteligencia humana, los derechos más sagrados del espíritu. Así es, que por la fuerza misma de este poder inmenso, tomó la forma propia de toda omnipotencia del Estado, la forma monárquica, y se personificó en un hombre. Y el hombre que á la sazón personificaba el Estado en Francia, era Napoleon. Y las palabras que Napoleon decia desde su altísimo trono, resonaban con grande y poderoso eco en todo el mundo. Hasta América tenia que oirlas y estudiarlas. Pasaron los tiempos en que América se creia, con el orgullo propio de la juventud, capaz de desarrollar su democracia fuera, aparte de la democracia universal. Cuando los Caines del Sur hirieron el seno de la patria de Washington; cuando en los primeros momentos de la sublime lucha, la fortuna fué en Manassas adversa á la justicia; cuando parecia que la